

Mafia y Política

«Michele Pantaleone —ha escrito Carlo Levi— no es un estudioso que afronte el fenómeno de la mafia como objeto de estudio... sino un hombre para quien esta condición humana es vivida como la atmósfera misma de la propia existencia, y sufrida en cada instante de su vida».

Michele Pantaleone, autor de «Mafia y Política»

(A. Redondo Editor),

cuyo capítulo V publicamos a continuación, nació y vivió en la plaza Madrico, de Villalba, que es quizá el lugar que mejor expresa la realidad de la mafia. En Villalba, ciudad feudal, nació Calogero Vizzini, don Caló, el jefe efectivo de la mafia siciliana, y aquí, en Villalba, tuvo lugar la famosa matanza del 16 de septiembre de 1944.

MICHELE PANTALEONE

EN la mañana del 14 de julio de 1943, cinco días después del desembarco de los aliados en Sicilia, un avión de caza norteamericano apareció en el cielo de Villalba. Villalba es un pequeño pueblo de la provincia de Caltanissetta situado en el corazón del feudo Miccichè y desarrollado, como tantos otros, en torno a la hacienda patronal. La comarca tiene todas las características de las zonas de la mafia, y en realidad, fue la cuna y el cuartel general del jefe reconocido de toda la mafia siciliana, don Calogero Vizzini, llamado más frecuentemente don Caló.

Aquella mañana, el vuelo del avión fue seguido por los campesinos de Villalba con más curiosidad que temor. El avance de los aliados, que apenas encontraron resistencia, hacía prever una rápida e incruenta ocupación de la isla.

El caza americano descendió hasta casi tocar los techos de las casas, y a tan baja altura fue posible distinguir el extraño distintivo que, como un estandarte, llevaba a lo largo de la carlinga: era un gran pañuelo de color amarillo oro en cuyo centro figuraba una gran L negra.

En un punto dado, el avión dejó caer cerca de la casa de monseñor Giovanni Vizzini, párroco del pueblo y hermano de don Caló, un sobre de nylon que llevaba dentro un pañuelo idéntico al que pendía del avión. El pañuelo fue recogido por el soldado Raniero Nuzzolese da Bari, que se apresuró a entregarlo al jefe de carabinieri Angelo Riccioli de Palermo, de servicio entonces en Villalba. Un día después, el avión volvió con su mismo aparejo, y lanzó un segundo sobre de nylon, en Cozzo di Garbo, justo delante de la casa de la familia Vizzini. Esta vez, el sobre, en el que estaba escrito «zu Caló»,



**EL PAÑUELO DE
LUCKY Y LUCIANO**



fue recogido por Carmelo Bartolomeo, empleado de casa Vizzini, y lo entregó al destinatario.

Bartolomeo declaró más tarde que «dentro del pañuelo estaba cosido un sobre, y dentro de este sobre había otro pañuelo que parecía que estuviera hecho de oro, y que tenía el mismo color que el pañuelo que colgaba del avión».

La misma tarde partía a caballo de Villalba hacia el cercano país de Mussomeli un joven labrador apodado «Comepán». Llevaba bien escondida debajo de la chaqueta una nota escrita de puño y letra por don Calogero Vizzini, en estos términos: «Turi, el curandero, irá con las terneras a la feria de Cerda el martes día 20. Yo mismo iré con las vacas, los bueyes de carga y el toro. Preparad los aparejos y el pasto para las ovejas. Avisad a los otros curanderos de que estén preparados. Para lo de aquí ya decidire yo mismo».

Este mensaje que el joven «Comepán» debía tragarse en caso de «mal encuentro», estaba dirigido a «zu Peppi», es decir, a Giuseppe Genco Russo, cabecilla de Mussomeli, sucesor hoy día de don Caló en la suprema jerarquía de la mafia. A través de la característica jerga simbólica de la mafia, don Caló le mandaba decir que el día 20, un tal Turi, cuyo hermano había ejercido años antes la profesión de médico en la zona del puerto de New York, debería acompañar las divisiones motorizadas hasta Cerda, mientras que él saldría el mismo día con el grueso de la tropa (las vacas) con los carros de combate (los bueyes de carga) y el comandante en jefe (el toro). Que los amigos prepararan focos de lucha y eventuales refugios para las tropas (el pasto para alimentar a las vacas).

Al amanecer de la mañana siguiente, «Comepán» volvió con la respuesta de «zu Peppi», el cual aseguraba a don Caló que «el curandero Liddu» se había cuidado de preparar los ánimos.

Tres días más tarde, y precisamente el 20 de julio al terminar la mañana, mientras las tropas aliadas se encontraban cerca del Salso Inferior, entre el río y el centro de Villàrosa, un jeep americano, que transportaba a dos militares y un civil, se dirigía a gran velocidad hacia Villalba, a 50 kilómetros del puesto más avanzado de las tropas ocupantes. En el coche ondeaba un estandarte color amarillo-oro en cuyo centro destacaba la habitual L negra. Pero en una encrucijada el conductor perdió la pista y el jeep llegó hasta la comarca de Lumera, donde fue acogido por los disparos de fusil de una patrulla italiana de retaguardia al mando del teniente Luigi Mangano.

Uno de los militares americanos, alcanzado debajo de la axila, cayó al suelo, mientras el jeep, dando una brusca media vuelta, se volvió por donde había venido. Más tarde, un paisano llamado Carmine Palermo se acercó al que se

había caído, y después de haber constatado su muerte, le sustrajo una bota de cuero, dentro de la cual se encontraba el ya conocido sobre de nylon dirigido a don Calogero Vizzini, que le fue entregado rápidamente.

Por la tarde del mismo día, tres grandes carros blindados americanos llegaron hasta las puertas de Villalba. De uno de ellos, que había izado un gran estandarte color amarillo-oro con la L negra, se asomó un oficial que, con acento sudamericano, pidió a la gente que buscara a don Calogero Vizzini.

En seguida se presentó don Caló. En mangas de camisa, chaqueta bajo el brazo, con un cigarro en los labios, los cabellos cubriéndole los ojos y éstos escondidos detrás de gruesas gafas de concha de tortuga, avanzaba entre la muchedumbre, lentamente, como de costumbre, como impedido por el peso de su propio cuerpo.

Sin decir ni una palabra sacó del bolsillo un pañuelo amarillo, lo mostró al americano y subió al carro de combate acompañado por su sobrino, Damiano Lumia, que había regresado de América hacía poco tiempo.

Antes marchar llamó a «Comepán» y le dijo que volviera rápidamente a Mussomeli y contara a «zu Peppi» lo que había ocurrido en Villalba.

La mafia, quinta columna aliada

Mussomeli constituía una base de importancia capital en el dispositivo defensivo entre la sierra de las Madonie y el monte Camarata, puerto de acceso al camino de Palermo y Trapani. El camino estaba vigilado por una brigada mixta de artillería antiaérea, por baterías motorizadas y artillería anticarro, así como por una batería antiaérea aerotransportada. Al mando de estas fuerzas el teniente coronel Salemi, viejo oficial esclavo del deber, aunque poco convencido de la capacidad de resistencia de las modestas fuerzas italianas.

En la mañana del 21 de julio, dos terceras partes de los soldados del coronel Salemi faltaron a la llamada; se cuenta que la noche anterior algunos competentes «amigos» procuraron «convencer a los militares para que abandonaran las posiciones ocupadas y así evitar derramamientos de sangre inútiles», y sobre todo les aseguraron de que «no sabrían reconocer a los mal intencionados, los cuales, aprovechando la oscuridad de la noche y el conocimiento del terreno, estaban decididos a desarmarlos y entregarlos prisioneros a los americanos». Y a los soldados que espontáneamente desertaban, proponían y ofrecían ropas de paisano para poder volver a sus casas.

Actualmente, veintisiete años después, en Mussomeli se recuerdan episodios y circunstancias que esclarecen algunos aspectos de la guerra en Sicilia. Entre otras ané-



Lucky Luciano, originario de Lercara Friddi, provincia de Palermo, que hizo fortuna con las carreras de caballos y la prostitución...

dotas se recuerda perfectamente el avance de la columna marroquí dirigida por el general Jouin, la cual permaneció firme junto a la casa del guardavía de Raffii desde las 9,30 hasta las 6 de la tarde —a pesar de no haber encontrado resistencia— en espera de la señal de avanzar; señal que fue dada por un «forastero» que poco antes se hallaba en una casaca en el pueblo Mintina con los jefes de la mafia de Mussomeli.

En el pueblo de Trapani se dice también que individuos de la mafia colaboraron con las tropas aliadas señalando los movimientos de los barcos en el puerto.

Don Caló se ausentó seis días de Villalba. Durante estos días, las tropas de ocupación se dividieron en dos columnas, una de las cuales, enviada hacia el Norte, alcanzó el litoral entre Messina-Palermo y avanzó hasta el cruce de la carretera de Cerda, mientras que la otra columna, yendo hacia el Sur, ocupó los centros de Gela, Piazza Armerina, Nicosia, Mistretta, Santo Stefano di Camastra, y desde estos lugares se dirigió hasta la encrucijada de Cerda, realizando la conjunción con la primera columna.

De este modo se realizó el plan operacional toscamente descrito por don Caló en su nota en clave: «las terneras del curandero Turi» había constituido la columna Sur y las «ovejas» de don Caló el otro brazo de las tenazas con que habían encerrado a las fuerzas italo-alemanas concentradas en la vertiente occidental de la provincia de

Agrigento y Palermo y en el centro de la provincia de Trapani. Así se les impidió toda posibilidad de retirada.

Cuando terminó toda la operación en Cerda, don Caló volvió a Villalba en un enorme automóvil americano, en compañía de dos oficiales americanos; su misión había terminado, ya que la zona de la mafia no se prolongaba más allá del cruce de Cerda. Zona que tenía como centro la provincia de Caltanissetta y sobre la cual él ejercía su jurisdicción; más allá estaba la zona de los molinos y de los pastos, controlados por la feroz y acreditada mafia de Caccamo; y más lejos se encontraba la zona de Palermo, zona de los huertos y de los agrios, dominio absoluto de la mafia de los jardines.

Don Calogero tenía la certeza de que estaba considerado como el jefe de la «honorable sociedad» de toda la Isla, pero únicamente debido a su prestigio e iniciativa, y no en virtud de una designación explícita de las diversas mafias. Además, sabía que entraba dentro de las normas de todas las cosas no salirse de los propios confines, sin previo y recíproco consentimiento; así que, prudentemente, consideraba prematuro asumir la dirección de toda la operación, porque desbordaba los límites de su zona. Por otra parte, consideraba indispensable y urgente volver a Villalba para organizar un cinturón de defensa alrededor de su pequeño país; que protegiera de todo peligro a los sindicatos, y le permitiera así convertirse en el foco de donde saldrían las directrices y los mensajes de la mafia durante todo el periodo de permanencia de los americanos, e incluso después.

En efecto, por designación de don Caló fueron nombrados como alcaldes personas notoriamente mafiosas o ligadas a la mafia, o, en todo caso, vinculadas por una u otra razón a don Caló. Por lo demás, la ocupación militar de Sicilia se acabó con la reunión de las tropas en Cerda.

El lenguaje de un gremio

La explicación de todas estas vicisitudes la encontramos en los mismos ambientes mafiosos de Villalba. Se asegura que la L negra dibujada en los pañuelos y en las banderas de color amarillo-oro se refería a la primera letra del nombre de Lucky Luciano, originario de Lercara Friddi, en la provincia de Palermo, que había hecho fortuna con las carreras y con la prostitución, y que había sido empleado como símbolo para comunicar con Calogero Vizzini. Además, existen rumores muy acreditados, sin que constituyan verdaderos testimonios, sobre la participación que este «grande» del «gangsterismo» llegó a tener en el desembarco de los aliados en Sicilia. El senador Estes Kefauver, en el libro *El gangsterismo en América*, indica los

EL PAÑUELO DE LUCKY LUCIANO

«preciosos servicios» que Luciano rindió a la Naval Intelligence a propósito de dicho desembarco en la Isla. Luciano, según parece, se sirvió de sus vastos conocimientos de la mafia siciliana «para facilitar el camino a los agentes secretos americanos». E incluso —sigue diciendo Kefauver en su libro— las autoridades militares ordenaron la liberación, bajo palabra, de Luciano, para que pudiera dirigirse a Sicilia con el fin de preparar todo el asunto». Se dice, pues, que Luciano estuvo en Sicilia durante la ocupación y precisamente en Gela «para preparar todo el asunto» y que, además, se encontraba en el carro blindado que vino a buscar a don Calogero Vizzini.

Sea como fuere, Lucky Luciano, aparentemente sin motivo alguno, fue puesto en libertad por las autoridades americanas en 1946.

El medio usado por Luciano para comunicarse con la mafia siciliana, una especie de lenguaje propio de un gremio, no fue invención suya, desde luego. Los medios de comunicación empleados por los líderes del hampa americano (casi todos de origen siciliano) para mantenerse en contacto con sus compadres que permanecieron en la Isla, constituyen un misterio casi siempre. Pero el intercambio de pañuelos de colores tiene su historia.

En 1922 un tal Lollo de Villalba fue atrapado en un sucio negocio y ni siquiera don Caló con toda su influencia pudo evitarle la cárcel. Sin embargo, después de la condena, Lollo fue declarado loco e internado en el manicomio para delincuentes de Barcellona Pozzo di Gotto. Algún tiempo después apareció muerto y, como un verdadero cadáver, fue metido en un ataúd, expresamente preparado para poder pasar por la puerta de la cárcel sin ser molestado y luego salirse del féretro antes de ser enterrado. Entretanto, los amigos le habían preparado para hacerle emigrar clandestinamente a América. Y entonces fue cuando don Calogero Vizzini le entregó un elegante «foulard» de seda de color amarillo-oro con una C negra estampada en el centro, letra inicial de su apellido, y que le serviría para hacerse reconocer de todos los amigos de don Caló que le esperaban al otro lado del Atlántico.

De esta manera, el pañuelo resultó de gran utilidad para Lollo, ya que le permitió una muy buena acogida por parte de las coscas de Nueva York; otro tanto se puede decir con respecto a Lucky Luciano, pues dicho método le sirvió para ponerse en contacto con los amigos de Villalba.

Desde luego, está probado históricamente que antes y durante el desembarco de los aliados en Sicilia, la mafia, apoyada por el «gangsterismo» americano, se las apañó para mantener desalojadas las vías marítimas de acceso a la Isla, de tal manera que las tropas de ocupación avanzaron hasta el centro de la misma con un importante margen de seguridad.

A fines del 42 y principios del 43 se produjeron una serie de graves y frecuentes actos de sabotaje contra los convoyes a lo largo de las costas sicilianas. La complicidad de las altas esferas existía sin duda, pero ello no hubiera sido suficiente. Fue precisa la colaboración de los numerosos pescadores controlados por la mafia.

«Los amigos de los amigos»

Terminada la guerra, no era un secreto para nadie que Charles Poletti, gobernador de Sicilia después de la ocupación, hubiese llegado clandestinamente a Palermo por lo menos un año antes de terminar la contienda mundial; todo el mundo, además, sabe que estuvo alojado en la villa de un abogado de la mafia. Hubo desembarcos clandestinos de siciliano-americanos a lo largo de la costa de Trapanese, entre Balestrate y Castellammare, pequeños puertos de pescadores controlados por la mafia y que, años después, adquirirían una gran importancia en el tráfico de drogas entre «gangsters» americanos y mafiosos sicilianos.

De todas maneras, el asunto del pañuelo y el hecho de que los americanos, aun antes de poner los pies en Villalba, hubiesen buscado a don Caló y le hubiesen llevado consigo del modo que todo el mundo conocía, confirmaba a la gente que el final de la guerra, al menos en aquellos parajes, era sólo una cuestión de tiempo convenida entre «los amigos de los amigos». Muchos de los soldados y oficiales de ocupación hablaban el dialecto siciliano con las típicas inflexiones de la zona del nisseno (Catalinissetta), e incluso algunos eran hijos o nietos de los nativos y, desde luego, jamás llegaron a olvidarlos. Eran, pues, medio nativos, militares «cristianos», que habían aprendido de sus antecesores a conocer y respetar ciertas costumbres y leyes inscritas únicamente en sus memorias, lo que no les impedía ser más eficaces que las leyes escritas.

Giuseppe Genco Russo, sucesor de Calogero Vizzini en la jefatura de la mafia a la muerte de éste, que fue candidato cristiano-demócrata para las elecciones municipales de 1970.



De la colusión entre el servicio secreto americano y el «gangsterismo», y entre éste y la mafia, surgió el gran equívoco que favoreció la reconstitución de la «honorable sociedad» después de la guerra y el consiguiente reforzamiento de su poder en las zonas tradicionales. Además, las relaciones que se crearon entre los consorcios y los protagonistas del hampa americano, una vez se acabó la guerra, trajeron consigo una renovación en los métodos, intereses y objetivos de la mafia siciliana, que le permitieron ampliar su campo de acción dentro de la criminalidad.

Don Calogero Vizzini, que anteriormente había apoyado eficazmente al fascismo, fue uno de los primeros a quienes los aliados reconocidos favorecieron con una prebenda. En efecto, al día siguiente de su retorno a Villalba después de la expedición, el teniente americano Beehr, del Civil Affairs de Mussomeli, le nombraba alcalde en el Cuartel de los Carabineros.

El día de la ceremonia se hallaban presentes algunos forasteros, y entre ellos el doctor Calogero Volpe de Montedoro y el padre Piccillo del obispado de Caltanissetta. Este último se entrevistó con los hermanos de Caló Vizzini, que eran sacerdotes, como para simbolizar los vínculos existentes entre los Vizzini y la Santa Sede; don Caló, además, tenía dos tíos que eran obispos.

En la calle, otro grupo de amigos fidelísimos de Caló, arrebatados por la euforia del momento, gritaban hasta el paroxismo: «¡Viva la mafia, viva la delincuencia, viva don Caló!».

Aquella misma tarde, en casa de Vizzini se reunieron algunos amigos de don Caló, y en presencia de unos cuantos oficiales americanos, se reconoció a todos la calidad de aliados de los americanos y se les concedió la autorización de llevar armas de fuego «para protegerse contra posibles ofensas de parte de los fascistas y para poder explicar con autoridad las tareas confiadas al alcalde Calogero Vizzini, y en caso de nece-

sidad poder prestar mano fuerte a los carabineros reales». Reconociendo por la ley, aspiración continua de la mafia, se reconstituía la guardia particular de don Caló, en la que figuraban los bandidos más notorios del país.

La primera víctima fue el propio comandante de carabineros Pietro Purpi, quien habiéndose negado a firmar el permiso de tenencia de armas de fuego, fue hallado muerto por disparos de pistola en medio de la plaza de Villalba.

Dentro de la Administración

Elementos mafiosos habían conseguido infiltrarse en la Administración, ocupando cargos públicos, encontrándose así en condiciones inmejorables para controlar el movimiento de los mercados y los medios de transporte.

La colaboración entre los agentes de la mafia y los elementos siculo-americanos funcionó a la perfección. En el mando militar aliado se había instalado en calidad de intérprete de confianza el sobrino de Vizzini, Damiano Lumisa, el mismo que estaba en el carro de combate que se dirigía hacia Villalba. En el mando aliado de Nola, Vito Genovese, oriundo de Castelvetrano, y antiguo amigo de don Caló y notorio «gangster» americano, logró un importante y delicado puesto: era intérprete de confianza del coronel Poletti, jefe del mando militar aliado en Italia.

Entre Nola y Villalba, esto es, entre Vito Genovese y Calogero Vizzini, se había establecido un importante intercambio de productos alimenticios que representaba la organización más vasta de todo el mercado negro dentro de la zona meridional. De la estación de Villalba salían hacia la península los géneros más buscados y lucrativos del mercado negro: toneladas y toneladas de «spaghetti» fabricados en el molino «María Santísima de los Milagros» de Mussomeli, propiedad del actual jefe de la mafia, Giuseppe Genco Russo. Vagones y camiones cargados de harina, aceite, legumbres, sal, etcétera, salían de la Isla provistos de toda la documentación legal. Las eventuales indagaciones de la Policía se evitaban a tiempo gracias a varios amigos del AMGOT, donde se hallaban los hombres más fieles de la mafia. En ninguna otra parte de Italia existieron condiciones tan favorables para el mercado negro.

En verano de 1944, la Policía de Hacienda de Nápoles secuestró cerca de la estación ferroviaria de Nola un vagón cargado de habas y de lentejas, procedente de Villalba y destinado a Nola. Entre los 300 sacos de cincuenta kilos de legumbres cada uno había unos cincuenta llenos de sal. Habiéndose hecho las indagaciones oportunas resultó, por un lado, que el vagón había sido expedido de la estación de Villalba bajo nombre falso, y, por otro, que el destinatario era inexistente tanto en Nola como en Sicilia.

EL PAÑUELO DE LUCKY LUCIANO

Era la época del gran contrabando que iba de Sicilia hacia el Norte y de las dificultades de transporte debido a la destrucción de las carreteras y vías ferroviarias ocasionada por los bombardeos, tanto americanos como alemanes.

La Comandancia de la Policía de Hacienda de Nápoles encargó a la inspección de Hacienda de Caltanissetta una investigación sobre la estación de Villalba. La tarea fue confiada a un comandante y a un joven brigadier, ambos bien conocidos por haber llevado a buen término numerosas investigaciones sobre el contrabando entre la costa africana y la costa de Gela. El joven brigadier se presentó en Villalba disfrazado de electricista, y allí, después de una serie de peripecias, logró una pista gracias a las indicaciones de un agente de compra y venta de legumbres, un tal Paesanello, quien llegó a admitir su colaboración como agente de negocios en la adquisición de las lentejas; a partir de ahí resultó fácil deshilar la madeja y encontrar a las personas encargadas de las legumbres, que por cierto dio la «casualidad» que eran personas muy allegadas a Caló Vizzini.

Pero el trabajo del solicitante brigadier debía tropezar con sólidos obstáculos. Después de haber deshecho el primer nudo de la madeja, no tardó en llegar del mando militar aliado la orden de suspender las diligencias, porque «las legumbres y la sal habían sido pedidos por el mando militar aliado».

Por aquella época se encontraba en el mando militar aliado, en funciones de intérprete de confianza, el mencionado Damiano Lumia. Y además, la tal orden había partido del coronel Poletti, que tenía precisamente a su servicio al Genovese, considerado como uno de los «gangsters» más peligrosos de los Estados Unidos de América. El Genovese había huido precipitadamente de América en el 36, con el fin de escapar al procurador del distrito de Brooklyn, Thomas Dewey, que intentaba hacerle procesar por algunos homicidios cometidos por el hampa americano y que le eran atribuidos personalmente. Protegido por Mussolini, a quien había ofrecido grandes sumas de dinero para el régimen fascista, Vito Genovese supo convertirse rápidamente en íntimo colaborador del coronel Poletti, ex ayudante del gobernador de New York y jefe del mando militar aliado de Italia. Charles Poletti viajaba entonces en un Packard 1938 que, según pesquisas de Dickey, le había regalado el Genovese. El inspector del FBI llegó a descubrir que Vito Genovese era el cabecilla de una inmensa organización contrabandista que extendía sus tentáculos por toda Italia meridional. Entre otras cosas, robaba al Ejército americano camiones cargados de azúcar, aceite, harina y otros productos muy solicitados, que luego vendía en los mercados de las ciudades vecinas. El descubrimiento más importante se produjo al parar dos

camiones americanos guiados por soldados canadienses en la carretera de Nápoles a Nola, y que efectivamente iban cargados de toneles de aceite. Todos los documentos estaban en regla, pero a los policías les pareció extraño que sin un motivo especial se transportara tal cantidad a Nola. Los conductores, interrogados por Dickey, confesaron que los camiones habían sido robados en el muelle del puerto de Nápoles, que debían ser conducidos a una viña en las cercanías de Nola y que la carga iba consignada a nombre de algunos Italianos; los conductores tenían la orden de decir únicamente que venían «de parte del Genovese». Luego se descubrió que, una vez descargados, los camiones se rociaban con gasolina, se incendiaban y así se destruían. En una viña cercana a Nola se encontraron una veintena de estos camiones completamente calcinados.

Con la aportación de dichas pruebas, Dickey obtiene la orden de captura de Genovese. Cuando fue arrestado, el 27 de agosto de 1944 en Nola, el «gangster» se hallaba en posesión de certificados y visados de toda clase concedidos por el mando militar aliado, e incluso de todos los permisos del AMGOT, así como de toda clase de autorizaciones de las autoridades Italianas.

Fue, pues, su autoridad, conjuntamente con el poderío de Caló Vizzini, lo que impidió a los guardias de Hacienda de Caltanissetta

y de Nápoles descender el primer velo sobre la actividad de la mafia siciliana en colaboración con organizaciones americanas parecidas a ella. A todo ello añadamos el hecho significativo siguiente: el joven brigadier, poco convencido por la explicación dada por el mando militar, intentó continuar las investigaciones por su propia cuenta. Poco después fue trasladado lejos de Caltanissetta, consiguiéndose así quitar de en medio al incorregible aguafiestas.

Hacia la política

Desde 1943 hasta 1946, toda la mafia siciliana dedicóse a estos negocios, que proporcionaron a sus cabecillas considerables fortunas. También en dicha época se sentaron las bases para el tráfico de estupefacientes, que ha encontrado en Sicilia uno de los mayores centros de aprovisionamiento.

Entretanto, don Caló y los otros pecec gordos, calculando que más pronto o más tarde aquel clima benéfico del régimen AMGOT se acabaría, trataron de introducirse sutilmente dentro de los movimientos políticos que confusamente se estaban formando, para aprovecharse de la situación política futura, e incluso, intentar determinarla a su favor.

En aquellos meses, el movimiento político que mostraba más vitalidad era el separatista, surgido de

la conjunción de la aristocracia agraria siciliana, temerosa del viento revolucionario que soplabla del Norte, con grupos de jóvenes entusiastas verdaderos autonomistas, que dirigían su lucha contra la política centralista del Gobierno nacional y de los grupos monopolistas del Norte.

En sus orígenes, el movimiento separatista presentaba características filo-inglesas, y como tal, era partidario de una convención tipo Malta, pero muy pronto se transformó en filo-americano. En los salones de Palermo, en las villas de Conca de Oro, en las reuniones mundanas del palacio Palagonia, de Villa Terre Rosse, de Casa Alliata, del palacio Cesaro, del palacio Ganzi, en todos estos importantes lugares el coronel Poletti y su Estado Mayor eran invitados de honor y, en cambio, los oficiales ingleses quedaban olvidados. Además, influyó muchísimo en el ánimo de la población la gran abundancia de viveres y de materiales entregados con largueza por los americanos. Dichos dones asombraban al pueblo siciliano, que mostraba gran simpatía por el quinto ejército.

Pocos meses después de la liberación de Sicilia, la mafia decidió apoyar el ala derecha del movimiento separatista. Las razones de tal actitud hay que buscarlas en la influencia que los siculo-americanos ejercían sobre los jefes de la mafia, con los que desde mucho tiempo atrás habían establecido firmes y fructuosos vínculos. Además, la mafia temía que un gobierno nacional democrático llegara a modificar la estructura social de la Isla, mientras que el triunfo del separatismo significaba en aquel momento la identificación real de la mafia con la clase dirigente local.

La presencia de la mafia dentro del movimiento separatista se evidenció en la primera reunión que tuvo lugar en Palermo el 9 de diciembre de 1943. En esta ocasión se establecieron los puntos programáticos del separatismo siciliano.

En la reunión participaron 28 personas, convocadas por medio de una nota en clave, como suele hacerse en las sociedades secretas. La derecha consiguió la mayoría e hizo aprobar declaraciones muy significativas: «Impedir, incluso por la violencia, todos los comicios de todos los partidos de ámbito nacional, reconstituir los grupos activos de los amigos de Sicilia». La reunión se terminó bajo el mismo signo con que había comenzado: los 28 participantes firmaron en la invitación para dar más solemnidad al acto. Y para acabar se ofreció luego un refresco en la sala de té Olimpia de Palermo, al que fueron invitados, entre otros, el coronel Poletti y Calogero Vizzini. Al día siguiente se distribuyeron decenas de millares de distintivos separatistas con el simple número 49, para indicar que Sicilia representaba la cuadragésimo novena estrella de los Estados Unidos de América. ■ M. P. («Mafia y Política». A. Redondo. Editor.)



Calogero Vizzini, jefe de la mafia siciliana, cuya base fue Villalba, la población feudal, imagen auténticamente representativa de la mafia, en la que nació también el autor de este reportaje... «pasó —como puede leerse— haciendo siempre el bien».